



LA HISTORIA DE KICHIC

Me gustaría compartir con ustedes la historia de cómo nació la idea de abrir las puertas de mi casa y convertirla en Kichic. Comenzaré retrocediendo un poco en el tiempo contándoles una parte esencial de esta historia.

Mi historia con el norte peruano empieza con la de mi abuelo materno el Conde Zygmunt Broel-Plater.

Hace ya 87 años, siendo él un joven ávido de aventuras y con ganas de comerse el mundo, partió para Sud América lleno de sueños, dejando atrás su Polonia natal.

¿Qué lo hizo pensar en venir a tierras tan lejanas y desconocidas? Europa en ese entonces sufría de la post guerra y el continente estaba en depresión...Y fue su espíritu aventurero el que lo trajo hasta aquí.

Vivió en Lima un par de años y allí conoció a quien sería su esposa, a Doña María Rostworowski Tovar. De esta unión llegó mi madre al mundo.

Pocos años mas tarde se divorciarían, algo raro para aquella época y unos años después mi abuela se casaría por segunda vez con Alejandro Diez Canseco.

Alejandro muere joven y ella después de un largo luto, se incorpora nuevamente a la vida interesándose en

conocer su país, el Perú, que dejó cuando era muy chica y al cual regresó siendo ya una jovencita.

Tuvo por maestro a Raúl Porras Barrenechea quien la incentivó con un profundo amor a nuestro país y a su historia. Ella despertó una pasión por el Tahuantinsuyo y fue reconocida como la historiadora que investigó el Imperio de los Incas del que dejó un legado histórico y de identidad nacional.

Ella, María, es mi abuela materna, y a través de ella aprendí a que se puede ser autodidacta si eres consecuente con tus actos y acciones. A amar mi país, y a profundizar en encontrar mis raíces, a Ser.

Y esta historia no sería justa si no contase un poquito qué sucedió con mi abuelo Zygmunt después del divorcio con mi abuela.

Él era un hombre de sangre ligera, quien además de ser un buen bailarín era un excelente pianista. Y en los años 50, le ofrecieron un trabajo para administrar el Fishing Club, un selecto club de millonarios aficionados a la pesca de altura en el norte del Perú y como buen aventurero, no lo pensó dos veces, sintió que la vida le ofrecía una buena oportunidad, y partió.

Esta vez el marco fue Cabo Blanco, un lugar casi perdido en el mapa y que, a pesar de eso, tuvo mucha fama por la pesca de altura del merlín negro considerado como máximos trofeos en el deporte de la pesca y también su fama por celebridades internacionales, como Hemingway, Marilyn Monroe etc.

Y él, mi abuelo Zygmunt, estuvo ahí, en la época dorada del Fishing Club. Él fue parte importante de esas historias anecdóticas que tanto escuché de chica.

Quizás fueron esas historias de Zygmunt y las de mi abuela María, que hicieron del norte del Perú un sitio importante en mi corazón. Quién sabe si en mi inconsciente se había sembrado una semilla. Porque años más tarde en 1989 cuando conocí al padre de mis hijos y me propuso vivir en el norte partimos en busca de una oportunidad de vida, lo hicimos con cierta sensación de nostalgia por lo que dejábamos atrás, pero también con una gran expectativa por comenzar una vida más simple y con calidad. Sabíamos de antemano que no iba a ser fácil empezar en tierras inhóspitas, sin electricidad, con refrigerador a kerosene y sin ninguna comodidad, pero, aun así, decidimos que valía la pena intentarlo.

Con la ayuda de un socio y con muchísimo esfuerzo, logramos construir un hotel en medio de la nada. En esa época, el reto era mayor, dado que, para todo propósito, dependíamos de Piura ya que en Máncora solo había dunas, cerros y la playa. Por donde se mirara, no había signos de civilización y fue precisamente eso lo que me cautivó. Este hotel aún existe, y aunque ha sido totalmente remodelado, se conservan las palmeras sembradas por nosotros y que recuerdan el espíritu de aquella aventura.

Vivimos diez años mágicos en Máncora, no teníamos vecinos próximos, el más cercano se encontraba a 3 kms de distancia y Vichayito no existía aún. Fueron años de esfuerzo, pero también de grandes aventuras y recompensas, entre ellas, calidad de vida y libertad.

En ese entonces, el país entero vivía sumido en el terror por los atentados perpetrados por Sendero Luminoso, eran épocas muy duras para casi todo el país, pero el terrorismo nunca llegó al norte lo que resultó una bendición para nosotros. Pero en 1999, cuando el fenómeno del niño azotó el norte, decidimos regresar a Lima por un tiempo y estando allí, nos ofrecieron un trabajo en Sidney, Australia.

Pensando que esta experiencia era una buena oportunidad para la familia de poder conocer y vivir en una cultura diferente, aceptamos la oferta con agrado. Nunca imaginamos que este viaje iba a llevarnos a estar quince años alejados del Perú, y que, gracias a esa travesía, yo personalmente, iba a tener la oportunidad de conocer a gente maravillosa que compartió y aportó experiencias y conocimientos que fueron, y siguen siendo, los pilares de mi desarrollo espiritual. Gracias a ellas, logré encontrar mi lugar en el mundo y descubrir cuál sería mi propósito en la vida: crear consciencia.

Vivimos tres años en Australia y aunque este país no se puede comparar con Máncora por razones obvias, para nuestra sorpresa descubrimos que era un lugar que presentaba aspectos salvajes. Me di cuenta que su gente está muy conectada a la naturaleza, lo cual nos permitió una transición más suave frente a los innumerables cambios que aún nos depararía el destino.

Durante el tiempo que vivimos fuera del Perú, año tras año Máncora fue nuestro punto de reencuentro con la familia y con nuestras raíces. Se convirtió en el lugar dónde pasar las vacaciones. Era un retorno al terruño con hambre de casa y en cierto sentido, gracias a estos viajes, pudimos conservar la sensación de pertenencia.

¡Cómo iba a imaginar yo que un día abriría las puertas de lo que fuera mi casa para recibir a gente de tantas partes del mundo!

Después de dejar Australia, tuvimos la suerte de vivir en Guatemala, Costa Rica y Chile. Estas migraciones hicieron posible que toda mi familia se volviera ciudadana del mundo, y nos hizo más abiertos de mente y de corazón.

Un buen día, recibí una llamada de mi hijo mayor que se encontraba en la India y me invitaba a conocer ese fantástico país. Sin pensarlo, agarré mis maletas y partí a oriente. Solo puedo decir que esa ha sido una de las mejores experiencias de mi vida y que la estadía allí despertó en mí un sinfín de preguntas que necesitaban respuesta y desde entonces me he dedicado a buscarlas. Creo que muchas de ellas ya han sido respondidas, pero a su vez han generado otras más. Intuyo que siempre aparecerán nuevas interrogantes, y que la búsqueda nunca se acaba.

Experimenté el vegetarianismo por un periodo de casi 20 años, ya hoy, como un poco de todo, pero sin abusar. En mi humilde opinión, pienso que se puede comer maravillosamente rico sin necesidad de tener un animal en el plato.

Luego de tantos años de periplo, comenzamos a proyectar nuestro regreso al terruño. Poco a poco surgió la idea de crear un espacio en el cual se pudiera compartir el descanso, algunos cambios en la rutina alimenticia, la práctica del yoga y la meditación, la buena música, y la conexión con uno mismo.

Esta idea fue surgiendo poco a poco, hasta convertirse en una pasión. Sentí que tenía que abrir un espacio dónde acoger a la gente y en él transmitir un poco de lo que hasta ahora yo había aprendido en mi camino por la vida. Tenía muchas ideas que fueron materializándose hasta que cada pieza fue encajando y el proyecto empezó a tomar cuerpo. Lo más importante era ser la puerta de ingreso a un mundo de balance alimenticio y paz mental y transmitir la importancia de una vida en equilibrio con uno mismo.

Empecé por la reconstrucción de mi casa, levantando muros y descartando otros, se suscitaban muchos cambios. Investigué para rescatar lo más autóctono de la zona, sus materiales y técnicas de construcción a esto fui sumando los conocimientos adquiridos en mis estudios de arte, como por ejemplo la técnica de acabados en materiales diversos.

Fue entonces que empecé el proyecto y me puse manos a la obra sin parar durante 1 año y 4 meses. Pienso que todo este proceso fue como hacer una gran escultura.

Durante el tiempo de construcción, mi alimentación durante el día fue básicamente a base de frutas, de esa manera tuve energía y claridad adicionales para poder realizar mi proyecto con mayor sabiduría. Debo reconocer que muchos amigos me visitaron durante el periodo de construcción, sus aportes en esos momentos resultaron claves y de gran ayuda. A cada uno de ellos les agradezco desde lo más profundo de mi ser.

Una de las certezas que tenía era que no talaríamos ni un solo árbol de la zona para utilizar su madera. Me interné en el campo de La Quebrada Fernández, empecé a buscar árboles caídos y encontré piezas que considero únicas.

Rescaté algunas por su forma y belleza, las trabajé, limpiándolas y encontrándoles un lugar. Una de ellas, de especial forma fue el árbol seco de Hualtaco, oriundo de la zona, que ahora está ubicado detrás de la recepción.

Definitivamente, el sitio me fue hablando, susurrándome al oído qué debía de hacer, las ideas fueron surgiendo lentamente con calidez y respeto por la naturaleza.

Hago un paréntesis para agradecer a las personas que trabajaron conmigo, por haber sabido escucharme con sensibilidad y atención para luego plasmar mis ideas tal cual las iba imaginando. Gracias a Sergio, Carlitos, Javier, Juan, Juan Carlos, José Luis, Alexander, Arroyo, Cesar, el Flaco, Conejo, Gerardo, Martincho, Joaquín, Macario, Alejandro Guerrero, y al maestro Morales, quien, por sus continuas demoras, me obligó a hacer de la habitación Hualtaco su taller de tapicería pudiendo de esa manera vigilarlo de cerca para que cumpliera con su trabajo.

Muchos de los objetos con los cuales decoré algunos de los espacios eran míos, me han acompañado toda la vida a lo largo de mis viajes, formaron parte de mis diferentes hogares. Algunos los encontré en anticuarios, también hay artesanías finas, obras de arte, muebles modernos y antiguos y algunos otros reciclados. Fue así como, poco a poco, la decoración fue tomando forma; casi podría decir que llegó sola.

Me animo a contar una anécdota que para mí resulta una confirmación de cómo, al estar abierta a la vida, las cosas fluyen y van llegando por sí solas. Un día, estaba ocupada pensando en qué sofá iba a poner en un espacio para el cual no tenía nada dispuesto todavía, pero como en ese momento no pensaba viajar a Lima a comprar algo, pensé en voz alta y dije: ¡Ya llegará en algún momento...!

Tomé mi auto y fui al pueblo a hacer algunas cosas y en el camino me crucé con un camión que me hizo señales para que me detuviera. Le pregunté al chofer qué se le ofrecía, y me dijo: "Sra. Cristina le estoy trayendo un sofá desde Lima". "¿Cómo?" pensé. Cuando el chofer me entregó la guía, comprobé que el mueble venía de parte de un querido amigo que me había visitado unos meses antes y se había ofrecido a mandarme un mueble de regalo para el hotel. ¡Nunca imaginé que este llegaría el mismo día en que lo necesitaba! ...El universo se confabuló muchas veces, esto es solo una muestra...

Al principio, tenía la idea de ponerle nombres de hierbas a las habitaciones, como por ejemplo manzanilla, menta, o albahaca. Pero, por más que tratábamos de memorizarlos, nunca lográbamos identificarlas con esos nombres.

Entonces me di cuenta que durante la obra nos referíamos a las habitaciones por algo que las distinguía entre ellas de un modo notorio.

Finalmente, fue mucho más fácil nombrarlas según ese detalle en particular que las definía. Así nació Barro por sus paredes ligeras y frescas hechas de ese material, Hualtaco por la hilera de esa madera puesta frente a la ventana, que le brinda una privacidad especial, Piedra en honor a la imponente pared que rodea la antigua tina de baño, Elefante por el dibujo que una de mis hijas hizo en una pared, Ki porque ese había sido mi dormitorio y es así como me llaman mis amigos íntimos, Himalaya porque es la única que está en altura, Balance porque a ambos lados tiene dos habitaciones de igual dimensión, Chic porque Rocío y yo nos esmeramos en decorarla de la forma más chic que pudimos, y finalmente, Neem porque en su jardincito tiene dos hermosos árboles de ese nombre.

Son solo nueve habitaciones y cada una de ellas es distinta tanto en espacio como en decoración. He querido que el viajero tenga la sensación de estar de visita más en una casa que en un hotel donde todo es comprado en serie o por docena. He querido hacerlas confortables, con buenas camas, ricas almohadas y sábanas, toallas de fibra de bambú, mantas de alpaca, ventiladores, y aire acondicionado para los más exigentes.

Al comienzo, no quisimos poner televisores, pero fueron nuestros mismos huéspedes quienes lo solicitaron. Entonces decidí que era momento de poner uno en cada habitación, no sin antes ponerles nuestro toque con una funda impresa en ella, con una sugerencia...

Hemos querido ser buenos oyentes, aceptando cambios sugeridos, siendo respetuosos con la manera de pensar y la diversidad cultural de los amigos que recibimos en el Hotel. Particularmente, soy de la idea de que en la aceptación radica el verdadero cambio.

Más tarde llegó el tema del nombre. ¿Por qué KiCHIC? Muchos pensaron que era por mi nombre ya que mis amigos me conocen como Kiki, y mis íntimos me dicen Ki. Sin embargo, detrás del nombre hay una filosofía. La palabra Ki, en el antiguo japonés, significa energía, fuerza vital o universal. La palabra CHIC es sinónimo de estilo, pero, sobre todo, de creatividad. Ki CHIC es entonces el equilibrio entre la materia y el espíritu, entre la personalidad y el alma, entre la vida interior y los detalles de vida diaria. El perfecto balance en nuestra vida cotidiana.

La casa tiene la magia y la energía del espíritu y cada rincón puede sumergirte en la paz y el descanso. El concepto que proponemos es claro: transmitir un balance armónico, sin requerir para ello del lujo... pretendemos hablar sin palabras, esperando que muchos sepan escuchar...

El logotipo lo creó una gran amiga chilena, la María José, quien con su dulzura y paciencia innatas lo diseñó con una pluma japonesa embebida de tinta líquida. Su trazo hecho a mano, línea tras línea, logró hacer el círculo que representa una forma orgánica y que ahora nos caracteriza.

Decidí que, si el entorno nos hablaba de tener una vida plena y sana, tenía que ser consecuente con la cocina y no usar microondas ni productos que alterasen la comida, y, en lo posible, trabajar con insumos orgánicos de la zona. Entonces con la ayuda de Linas Kesminas, un chef de origen suizo, empezamos a desarrollar nuestra carta. Al comienzo fue un poco radical por lo crudi/vegana que era y la gente no la entendía, así que empezamos a ponerle un poco de nuestra sazón peruana y logramos un balance rico y sano.

Linas nos enseñó muchas cosas, entre ellas, a elaborar nuestros propios insumos como granola, mayonesa de coco sin huevo, gomasio, pastas, mermeladas, pan, hummus y helados, entre otros. En fin, tratamos en la medida de lo posible de tener una cocina saludable y para ello hemos también implementado nuestro propio huerto orgánico.

Al poco tiempo de abrir las puertas de KiCHIC, me di cuenta que mucha gente quería comer pescado y mariscos y decidí que era el momento de implementar una carta marina. Como para mí era fundamental no usar el mismo espacio donde se preparaba la comida vegetariana, construimos la barra marina de modo que cada una tuviese su espacio propio. Sin darnos cuenta, con la introducción de la alternativa marina logramos una vez más un buen balance.